

¿qué es ser sacerdote?

Esta pregunta está en los labios del pueblo cristiano. Ha surgido al constatar los intentos de un nuevo modo de ser sacerdote que no se ajusta a la idea tradicional que del sacerdote se ha tenido hasta el presente. Como todo fenómeno que irrumpe de repente, ha producido reacciones apasionadas. Para unos los “nuevos curas” están en una línea positiva de progreso y de acomodación a los tiempos. Otros muchos, sin embargo, opinan que se están desviando y que incluso están traicionando la esencia misma del sacerdocio.

Es penoso observar que esta polémica se centra casi exclusivamente en un nutrido repertorio de anécdotas. Y casi nadie se ha puesto seriamente a reflexionar sobre lo que está debajo de ese anecdótico, y es la sincera pregunta que esos sacerdotes se hacen a sí mismos sobre cuál es su misión, su papel diríamos, en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Esta angustiosa interrogante no ha tenido hasta el presente una respuesta satisfactoria. Por esta razón el sacerdote busca, tantea y reflexiona. Y consiguientemente se ha convertido en el blanco de todas las miradas y de todas las críticas.

En estas breves líneas prescindo de hacer una fenomenología del “nuevo cura” y de valorar lo positivo y negativo de su actitud. Voy sencillamente a ofrecer unas reflexiones, no exhaustivas, sobre lo que es el sacerdocio según los datos del Nuevo Testamento, y de cómo se debe ejercitar ese sacerdocio en las circunstancias actuales del mundo presente.

Esta mirada al Nuevo Testamento proyectará luz sobre las nuevas actitudes del sacerdote de hoy. ¿Está prescindiendo de costumbres y modos de ser insustituibles al sacerdocio cristiano?, ¿o más bien se está desprendiendo de adherencias seculares, adherencias que no coinciden con la forma de ser sacerdote en las primeras comunidades cristianas?

I.—EL SACERDOCIO DEL NUEVO TESTAMENTO

a) *Singularidad del "fenómeno cristiano"*

La aparición del cristianismo supuso una forma totalmente nueva de religiosidad. Fundamentalmente porque establecía una nueva manera de relacionarse con Dios. La impresión que nos ofrece el estudio de las religiones es de que hay un esfuerzo del hombre por ponerse en contacto con la divinidad (1). Aunque este mismo esfuerzo se hace en la religión mosaica y en el propio cristianismo, el acento está puesto, sin embargo, en la iniciativa divina. Dios da el primer paso, por decirlo así. No hay más que echar una ojeada a la Biblia para ver que el tema de la Alianza (2) de Dios con su pueblo domina todo el Antiguo Testamento. El Nuevo, es "la plenitud de los tiempos en Cristo", la "Nueva Alianza" con toda la humanidad. Leemos en S. Juan (3): "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene, en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El. *En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo*".

Al hombre en este caso se le pide una *respuesta*, que consiste en aceptar el Evangelio como norma de su vida. De ahí que la fe para un cristiano consista más que en el asentimiento a unas verdades, en la adhesión a una persona, que es Cristo. De donde se sigue que creer es comprometer la vida entera.

En esto consiste, pues, la singularidad de lo que podíamos llamar el "fenómeno cristiano", para distinguirlo del "fenómeno religioso" en general; en que en el cristianismo se acentúa de una manera muy insistente la iniciativa divina. El cristiano ha de responder a una llamada, a una invitación.

Ya podemos prever que esta singularidad que supone el cristianismo tendrá sus implicaciones en el sacerdocio cristiano. Este tendrá unas características necesariamente distintas a las del sacerdocio de las demás religiones. Pero hay algo más.

b) *Cristo y el sacerdocio del Antiguo Testamento.*

Si es difícil establecer una diferencia radical del cristianismo con las demás religiones, de lo que no cabe duda es de que Cristo vino a establecer unas relaciones del hombre con Dios, a través de sí mismo, distintas de las que se hacían en el Antiguo Testamento.

En el pasaje de la purificación del Templo (Jn. 2, 13-23) se le pide a Jesús una señal que acredite su modo de actuar. Responde: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré". Hace una clara transposición del santuario de Jerusalén a su misma persona. *Cristo es el nuevo Templo*. Y añade S. Juan que "cuando resucitó de entre los muertos se acordaron sus discípulos de que era eso lo que quiso decir".

Ya antes había dicho Jesús a la samaritana (Jn. 4, 21-24) "créeme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad".

Que Cristo es la nueva "piedra angular" lo dice S. Pedro en el discurso de Act. 4, 11-13: "El es la piedra que vosotros los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos".

En S. Pablo vemos que, concordando con su teología del Cuerpo Místico, se dice: "nosotros somos santuario de Dios vivo" (II Cor. 6,16) y: "¿...no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo?" (I Cor. 6,19). Cada cristiano y cada comunidad es templo vivo de Dios, porque todos somos Cristo, y Cristo es el nuevo Templo.

En resumen, Jesús establece una forma nueva de relacionarse con Dios que no es en un lugar determinado, ni en un santuario concreto. Estas relaciones en adelante han de hacerse por medio de El, nuevo Santuario. Y El está entre los que se reúnen en su nombre (4). Los sacerdotes no serán los mantenedores de un culto ritual, sino los educadores de la fe, culto espiritual.

Respecto al sacerdocio judaico, la actitud de Cristo se diferencia netamente. Criticó con dureza la forma de proceder de los sacerdotes de su tiempo, y la misma estructura sacerdotal (5). No quiso que el grupo de sus elegidos se convirtiera en una casta levítica, privilegiada y dominadora. De esto tenemos infinidad de alusiones en los Evangelios. El pasaje más significativo es el que leemos en Jn. 13. Antes de, por decirlo así, "ordenarles" de sacerdotes, les lava los pies, y les explica el significado de esa acción: "Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros". Sin duda tenía presente la disputa que había surgido entre sus discípulos sobre cuál de ellos ocuparía el primer puesto en el Reino.

Así pues, podemos decir que *Cristo no dejó perfectamente perfiladas las características del sacerdocio en la Iglesia, pero sí dejó claramente establecido lo que no debían ser esos sacerdotes. Y no debían ser, repetimos, una casta aparte, dominadora y privilegiada.*

c) *El nuevo sacerdocio.*

Por esta razón, el sacerdocio en la Iglesia se fue configurando poco a poco. Jesús escogió unos discípulos a los que encargó propagar la Buena Nueva de su venida y de su doctrina. Estos enviados, apóstoles, anunciaban el kerigma, bautizaban en el nombre del Señor Jesús, conmemoraban la Eucaristía, y tenían el poder de atar y desatar.

Cuando por su predicación se fueron estableciendo las primeras comunidades de creyentes se vió la necesidad de designar a uno de entre ellos

que mantuviese la tensión de fe y religiosidad de la comunidad, y conmemoramos la Cena del Señor. Los Hechos de los Apóstoles y las cartas pastorales están llenos de consejos prácticos sobre el modo de actuar de estos elegidos.

Con el tiempo se vio la necesidad de que estos "presbíteros" o "episcopos" tuviesen colaboradores en su ministerio. Aparece así, de una manera incipiente, la división de obispo y sacerdote que ha llegado hasta nuestros días, y que ha sido confirmada una vez más por el Vaticano II (6): "todos los presbíteros diocesanos y religiosos participan y ejercen, juntamente con el obispo, el sacerdocio único de Cristo, y por ende, quedan constituídos pródigos cooperadores del Orden Episcopal".

Qué características tenía este sacerdocio, distinto del sacerdocio común de los fieles, es difícil determinarlo con exactitud. Pero sí sabemos sus líneas fundamentales. En primer lugar, el "presbítero" presta un servicio desinteresado a la comunidad, y en segundo lugar, este servicio es uno de los carismas que existen en la comunidad. S. Pablo enumera estos carismas en la carta a los Romanos (7) y es interesante observar que pone en penúltimo lugar el de presidir, de donde se sigue que por lo menos no lo consideraba el más importante.

Al llegar a este punto conviene hacer una aclaración. Por lo que leemos en los escritos del Nuevo Testamento la comunidad ocupaba el primer plano, y dentro de ella existían diversos carismas. Con el tiempo estos carismas se fueron unificando en la persona del que presidía. Por esta razón el actual sacerdocio no tiene un exacto paralelo en el Nuevo Testamento. Corresponde fundamentalmente al que en las comunidades tenía el papel presidir, conmemorar la Cena, asistir a los enfermos etc. Por lo tanto en la actual crisis por la que atraviesa el sacerdote, ya sea presbítero u obispo, ayudará mucho a colocarlo en su sitio, saber que en las comunidades cristianas hay diversidad de funciones y que éstas se han ido concentrando en la persona del sacerdote que preside.

La historia ha ido acumulando, además, en la persona del "episcopo", poder, influencia, riqueza y estima; pero cuando esto no era así, en las primeras generaciones cristianas, S. Pablo, tenía que animar a los cristianos a escoger este carisma. Dice textualmente: "Si alguno desea el cargo de episcopo desea una noble función" (8).

Estamos empleando la palabra "presidir", aplicada al sacerdote, siguiendo la terminología apostólica. Pero este término tenía un significado bien concreto, que como hemos dicho antes se puede resumir en la palabra *servicio*. S. Pedro, por ejemplo, cuando aconseja a los presbíteros cómo deben actuar, dice: "Apacentaad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey, (9).

d) *Conclusión*

Con los datos que nos proporciona al Nuevo Testamento podemos configurar ya la imagen del sacerdocio cristiano en lo que tiene precisamente de originalidad y singularidad.

El sacerdote en cualquier religión, incluido el actual cristianismo, está encargado del cuidado de los templos y del servicio del altar, como una de sus tareas principales, por no decir la principal. Pero Cristo, como hemos visto ya, abolió este sistema de relacionarse con Dios y se constituyó a sí mismo en templo. Por esta razón el cuidado del templo para el sacerdote neotestamentario tiene una dimensión totalmente nueva: el cuidado y la atención que debe prestar no es a los templos materiales sino a las comunidades de creyentes, que son los templos vivos. S. Pablo habla de la "solicitud de las Iglesias" (comunidades), y no de la solicitud en levantar templos y cuidarlos allí donde se establecían esas comunidades. En este mismo sentido van dirigidos los consejos que el Apóstol da a Timoteo y Tito. Y los primeros Apóstoles y sus inmediatos sucesores no se preocuparon en levantar templos en Efeso o en Corinto, y el lugar de reunión de la comunidad no constituyó nunca un problema importante. Se resolvió reuniéndose en las casas más capaces y en sitios públicos.

Otra labor que se considera propia del sacerdote en general, es la de explicar el contenido de su religión y asistir a los fieles, sobre todo en los momentos más importantes de su vida, como el matrimonio y la muerte. Esto segundo sí es función propia del sacerdote neotestamentario, aunque no la principal. Explicar y sobre todo profundizar en el contenido de la religión es algo propio del teólogo, que puede coincidir o no en la misma persona del sacerdote.

Y nos preguntamos: ¿qué es lo propio y peculiar del sacerdocio neotestamentario? Creemos que la respuesta se puede formular así: *El sacerdote cristiano tiene como tarea primordial la de dar testimonio con su vida del Evangelio, y la de educar y animar la fe de las comunidades de creyentes, es decir, de aquellos que han respondido a la llamada de Dios comprometiendo sus vidas con Cristo.*

Esta misión educadora la ejercita el sacerdocio cristiano en la triple función expresamente definida por el Vaticano II como predicación de la Palabra, administración de los Sacramentos y servicio al Pueblo de Dios (10).

Debe propagar la Buena Nueva, "predicar el Evangelio a toda criatura", pero este deber no es exclusivo de él, sino común a todo cristiano.

II.—ESE SACERDOCIO HOY

a) *Incómoda situación del sacerdote actual*

Decíamos antes que no entrábamos en la fenomenología del sacerdote actual. Tampoco lo vamos a hacer del así llamado "tradicional", aunque

sería muy interesante comprobar cómo este último ofrece la imagen del sacerdote levita, inserto en una casta aparte, y por consiguiente muy lejos de la imagen neotestamentaria del sacerdocio.

Nos vamos a centrar en el contexto sociológico en el que el sacerdote está inserto hoy. Y en primer lugar tenemos el hecho del anticlericalismo. Es un tema exhaustivamente tratado ya. Sólo diré que estamos asistiendo, según creo, a la liquidación de esta "fobia". Si, como parece, el anticlericalismo ha sido provocado por el clericalismo de los sacerdotes y obispos, al ir desapareciendo éste —privilegios, afán de dominio, de dinero, superioridad frente a los laicos— desaparecerá el anticlericalismo. Y este proceso está en marcha.

Pero hay algo más importante y más profundo que no ha sido advertido suficientemente, y que es la causa de un creciente malestar existencial dentro de los sacerdotes y de los que se preparan a serlo. Es más, posiblemente sin advertirlo está influyendo negativamente en el descenso de vocaciones. Y es que cada día el sacerdote va adquiriendo conciencia de que no tiene un puesto integrante en la sociedad técnica actual, en la que, por decirlo así, se tiene carta de ciudadanía por el trabajo profesional.

En una palabra, el *sacerdote vive liberado de lo que en el contexto actual sociológico se entiende por trabajo*. Vive a los ojos de las masas de una actividad que no es lo que el hombre de la calle entiende por trabajo. *En consecuencia el sacerdote se siente cada día más profundamente inaceptado por esa sociedad*. Y esto plantea algo más que un problema afectivo. Está minando su misma personalidad humana, ya que es una exigencia radical de toda persona sentirse aceptado por los que le rodean.

Por consiguiente, al sacerdote se le plantea el siguiente problema. El sacerdocio no es una profesión. Es una "misión" en el sentido que indicábamos más arriba. ¿Cómo se puede ejercitar, pues, esa "misión" en un ambiente hostil, que lo es precisamente porque no considera que sea un trabajo esa clase de actividad?

b) *El sacerdote y el trabajo profesional.*

En consecuencia creemos que el sacerdote hoy día debería tener una profesión. Pero antes de seguir adelante es conveniente aclarar una situación equívoca en la que se encuentra envuelto, sin él pretenderlo. Podríamos distinguir en la vida de una persona adulta entre la profesión, el carisma y su vida privada. Los epítetos son convencionales, pero responden a una realidad. Sería el caso, por ejemplo, de un empleado de comercio —profesión—, que es aficionado y dispone de cualidades para escribir poesía —carisma—, y que tiene un hogar y una familia —vida privada—. Lo propio del sacerdote es lo segundo, el carisma, que en su caso es mucho más que una afición, como ya hemos dicho. Sin embargo, una costumbre secular ha hecho incidir en el sacerdote estas tres cosas.

En una supuesta ficha de identidad tendríamos que escribir de él: profesión, sacerdote; vida privada, sacerdote; carisma, sacerdote. En una palabra: hemos profesionalizado el sacerdocio, y urge "carismatizarlo" a toda costa.

De esta manera resolveríamos el problema de la inadaptación del sacerdote en el mundo actual. Este sería un hombre que tiene su sitio en la sociedad ocupando un puesto de trabajo que no esté en disparidad con el carisma de animador de la fe que ejercita al margen de él.

Pero puede darse el caso, y creemos que no sería infrecuente, de que las comunidades le pidiesen una plena dedicación, y en consecuencia tuviesen que abandonar su trabajo-profesión. Sólo en esta situación tendrían aplicación las palabras de S. Pablo: "Del mismo modo también el Señor ha ordenado que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio" (11). No quiero seguir adelante sin hacer un breve comentario a estas palabras del Apóstol. Es curioso observar que los que han citado una y otra vez este texto para probar que el sacerdote debe "vivir del altar", han omitido lo que el mismo S. Pablo dice en el versículo siguiente: "Mas yo de ninguno de estos derechos he hecho uso", haciendo alusión a otro pasaje en el que viene a decir que para no ser gravoso a la comunidad se ganaba el sustento con el trabajo de sus manos (Act. 20,34). Es decir, que S. Pablo distingue en sí mismo su trabajo-profesión, de su carisma de evangelizador, y esto para no dar pie a pensar que su dedicación a la evangelización era un cómodo pretexto para ganarse la vida. Y ahora que muchas personas piensan que los "curas viven sin trabajar" ¿no sería el momento de volver a imitar el ejemplo de S. Pablo?

Tal vez por lo que venimos diciendo se puede dar la impresión de que la profesión de un sacerdote es algo totalmente marginal a su carisma. No es así. Es más, puede darse el caso de que su profesión entronque perfectamente con su carisma sacerdotal.

c) *Tres cuestiones concretas.*

¿*El sacerdote especialista de la teología?* En ese conjunto de notas características con que ha sido cualificado el sacerdote destaca el de ser el profesional de la Teología. Pensamos que esa exclusividad ni le es propia ni conveniente.

El sacerdote debe entender en cuestión de fe y de problemática teológica, pero no solamente él, ni él más que nadie. A esto nos referimos cuando decimos que "la exclusividad ni le es propia ni conveniente". A la teología deberían tener acceso todos los cristianos. Pero una costumbre, por cierto no muy antigua, ha hecho que los laicos se desentendieran por completo de las cuestiones teológicas, y dejen esta materia en manos exclusivas del sacerdote.

Nunca insistiremos suficientemente en el concepto de comunidad cristiana. No solamente en el concepto, sino en la realidad de lo que debe

ser esa comunidad. Y siguiendo a S. Pablo, en la comunidad hay diversidad de carismas, uno de los cuales es el de "doctor" —en el lenguaje de hoy, el teólogo— que no tiene por qué identificarse con el que "preside" —el sacerdote—.

En este sentido la evolución de las cosas va tomando un signo favorable. Cada vez más se va tomando conciencia de que el saber y el quehacer teológico es tarea de cualquier cristiano, y no exclusivo del sacerdote.

El sacerdote ¿separado del mundo? : El sacerdote no debe vivir ausente de las inquietudes y de los problemas de sus hermanos los hombres. Si hasta ahora se ha creído que era bueno y conveniente la separación de los ambientes normales de los hombres, ha sido por una mala interpretación de la palabra "mundo". El "mundo" que Cristo rechaza en el sermón de la Cena (12) no es precisamente la convivencia y la participación en la vida normal de las personas. Las palabras del P. Teilhard de Chardin expresan muy acertadamente lo que queremos decir. "En la medida de mis fuerzas, precisamente porque soy sacerdote, voy a ser el primero en adquirir conciencia de lo que el mundo ama, busca, por lo que el mundo sufre; el primero en buscar, en simpatizar, en sufrir; el primero en dilatar el corazón y en sacrificarme; más ampliamente humano, y más noblemente terrestre que cualquier otro servidor del mundo".

El sacerdote debe, pues, hacerse partícipe de las inquietudes y de las sanas aspiraciones de sus hermanos los hombres, y estar muy atento para detectar lo que Juan XXIII llamó "los signos de los tiempos".

Por lo demás en los datos del N. T. aparece claramente el sacerdote como hombre de alguna manera segregado (cf. Rom 1,1; Act 13,2). El error ha estado muchas veces en que esta segregación se puso en lo que no se debía poner, en lo que el N. T. jamás la pone. En el lenguaje de Jesús esta segregación se refiere a las exigencias que El impone a los discípulos tal como han quedado formuladas en Mt 10.

¿Va unido el carisma virginal al carisma sacerdotal? : La cuestión del celibato de los sacerdotes está hoy sobre el tapete, y como tantas cosas del sacerdote es también objeto de polémica. Pero antes de enfrentarme con el problema quisiera hacer una distinción clarificadora.

Ordinariamente hablamos de castidad, virginidad y celibato como de un todo idéntico. Y sin embargo no es así. Castidad, virginidad y celibato son tres cosas distintas. La castidad es una virtud común a todo cristiano y que tiene diversas exigencias dentro y fuera del matrimonio. La virginidad perpetua en un carisma o llamada que no se hace a todos, como se dice expresamente en S. Mateo (13) y "al que le ha sido dado" es en razón del "Reino". Y el celibato es una ley eclesiástica que empezó a ser norma universal para la Iglesia de Occidente en la Alta Edad Media,, por la que se obliga a los sacerdotes a guardar virginidad perpetua.

Son, pues, dos carismas distintos el de la virginidad y el del sacerdocio. Y en los comienzos de la Iglesia no se consideraron de ninguna manera unidos, puesto que los sacerdotes y obispos vivían casados. Es una ley eclesiástica —el celibato— la que dispuso que los que sentían el carisma sacerdotal guardasen virginidad perpetua. Las razones de esta costumbre y la conveniencia de mantenerla hoy día en la Iglesia latina están expuestas por Pablo VI en la encíclica “*Sacerdotalis celibatus*”.

Pero con esta decisión mantenida del Magisterio surge un problema de no fácil solución. Puede haber cristianos que sientan el carisma sacerdotal y el virginal, pero hemos de admitir que también puede haber otros cristianos que sientan en sí el carisma sacerdotal, pero no el de la virginidad. Y éstos hoy día no pueden ser sacerdotes. Y si no pueden serlo por existir la ley del celibato, prevalecería una ley eclesiástica sobre el carisma —suponiendo que sea auténtico— del Espíritu. Y ¿qué es antes en la Iglesia, el Espíritu “que sopla donde quiere” (14) o la ley?

Si no existiese esa ley estimo que habría dos clases de sacerdotes. Unos casados, que tendrían como tarea primordial, no exclusiva, lo que podemos llamar pastoral de conservación, y otros, pocos, que sintieron además el carisma virginal, y que tendrían como tarea principal lo que podemos llamar pastoral de misión.

III.—CONCLUSION

Hemos pretendido en esta breve reflexión aproximarnos a lo que es ser sacerdote en el cristianismo. *Ese “hombre del Evangelio” que alienta y propaga la fe en Cristo salvador, preside la comunidad, y administra los sacramentos.* Hemos tratado a continuación de las implicaciones sociológicas del sacerdote de hoy. Posteriormente hemos dedicado unas líneas al tema de la vinculación en el mundo, de la teología como un quehacer no primordial del sacerdote, y al problema del celibato.

Somos conscientes, al acabar este artículo, de que no se han dado en estas líneas soluciones acabadas sobre la problemática compleja en que se encuentra envuelto el sacerdote actual. Pero pueden servir de punto de partida para ulteriores reflexiones.

Creemos también que la realización de estas ideas, que se están abriendo paso entre los que reflexionan y estudian estos problemas, será lenta. Entre otras cosas porque los condicionamientos personales de los actuales sacerdotes no permiten un cambio tan radical.

Por último, creo que en los momentos actuales de evolución y de crisis profunda, no sería mucho pedir a los cristianos y no cristianos un mayor espíritu de comprensión y de auténtica ayuda fraterna para este “nuevo cura” que está surgiendo y que con una gran sinceridad está intentando dar respuesta a unas interrogantes que le comprometen toda la vida.

notas

- (1) K. Rahner, *Diccionario teológico*, Barcelona, Herder, c. 616.
- (2) Entre otros pasajes, Gén. 12,15,17; Ex. 24; Deut. 27,28.
- (3) I Jn. 4,9-11.
- (4) Mt. 18,20.
- (5) Mt. 16,1-6; 23.
- (6) Cfr., por ejemplo, "Christus Dominus", n. 28.
- (7) Rom. 12,3-9.
- (8) I Tim. 3,1.
- (9) I Petr. 5,1-5.
- (10) "Presbiterorum Ordinis", nn. 4-6.
- (11) I Cor. 9,14-15.
- (12) Jn. 15,18-20.
- (13) Mt. 19,11.
- (14) Jn. 3,8.